

Goliat

edicionesparalelo.com
blog.edicionesparalelo.com
tienda.edicionesparalelo.com

Colección Caballo de Troya

Diseño de la colección: Ediciones Paralelo

Imagen de cubierta: Francisca Pageo

Primera edición: marzo 2018

- © Inés de la Higuera Montejano.
- © Del prólogo: Gema Palacios.
- © De la presente edición: Ediciones Paralelo.
- © De la imagen de portada: Francisca Pageo.

Depósito Legal: GR 194-2018.



Teniendo en cuenta que no aporta nada a una editorial,
el número ISBN debería ser provisto de forma gratuita.
Mientras no sea así, Ediciones Paralelo se niega a solicitarlo.

Ediciones Paralelo y la autora dan su permiso para
reproducir cualquier parte de este libro, o su totalidad,
siempre que se haga sin fines de lucro. Si se desea obtener
el permiso expreso, gustosamente responderemos en:

edicionesparalelo@gmail.com

Inés de la Higuera

Goliat



AGÁPĒ

Escribo estas líneas con la certeza de que conocía este *Goliat* antes incluso de haberlo leído, a sabiendas de tenerlo ya grabado a conciencia en algún meandro del pensamiento. Me atrevo a asegurar que no seré la única a la que le suceda esta suerte de epifanía, de manera que voy a tratar de ponerle palabras a esta magia —a la que quiero llamar fecundidad— urdida por su autora, Inés de la Higuera.

Existe una fuerza, por muchos desconocida, llamada fe. El poema es, en gran medida, una manifestación de fe. Quien escribe sale al encuentro de la palabra porque cree en ella ciegamente, a pesar de que, muy a menudo, la correspondencia entre la palabra y la idea dista mucho de ser perfecta. Esta relación siempre resulta dolorosa: no sólo importa decir, sino cómo decir y, sobre todo, cuándo dejar de hacerlo. El silencio es importante: la sutura de la lengua. *Goliat* está atravesado por esa fe luminosa. No sólo el amor hiende su aliento aquí. O, al menos, no el amor al que estamos acostumbrados, ese amor del siglo XXI que se presenta en forma de Eros —amor sexual— o Philia —amor fraterno—. El amor de *Goliat* tiene mucho de místico: es anhelo de trascendencia, deseo de otorgar

sentido, de ir más allá de lo que se conoce para entrar en un territorio de promesa pura. Así, el amor que se transparenta en estos poemas es el designado como Agápē, un amor de entrega absoluta e incondicional hacia el ser amado.

Resulta ineludible la dimensión sagrada que atraviesa todo el poemario, el aliento celebratorio a modo de banquete, como aquel de los primeros cristianos, bautizado precisamente como *ágape*. Símbolo de la unión y la fraternidad, posteriormente pasaría el relevo a la eucaristía, rito al que también se recurrirá en estas páginas para recordar la comunión de los cuerpos. Así, *Goliat* bebe de la imaginería religiosa y la resignifica, se apropia de ella y la canaliza en forma de pulso escritural. Como la piedra que, lanzada por David, se queda clavada en la frente del gigante Goliat, la palabra hilvanada por la poeta permanece enredada en nuestros ojos, pero también en los pulmones, en la misma entraña. Podría llamar hallazgo a la forma en que se imbrican las palabras, en una lucha que es, sin duda, recordando a Teresa de Jesús, «llama de amor viva». Así, cada vez que el lector se topa con la palabra «verbo», ha de interpretarlo como ese primer peldaño originario, anterior a todas las criaturas, capaz de dar lugar al milagro del poema, como en los versos que siguen: «sólo la palabra es válida para / pronunciar, / el corazón es torpe sin el verbo / hoy / también».

La simbología presente en el poemario encuentra en el reino animal uno de sus principales asentamientos: la yegua y la cierva, vinculadas a la fertilidad, o el pez y el cordero, icónicos para el cristianismo. Esta selva o bosque

en miniatura se engrana perfectamente con la textura del yo poético, un yo radical de mujer que se escribe —sobrevive— a través de la palabra escrita. En este *Goliat*, cuyo título podría evocarnos lo legendario, lo mítico, la figura del héroe; en realidad viene a hablarnos de lo pequeño, lo invisible: el cuerpo femenino con «sus pequeños cristales / sus fragmentos / sus tenues salmos». Con un espíritu lorquiano que entremezcla placer y dolor, la poeta profundiza en el terreno de lo puramente físico y hace patente la vulnerabilidad, la desgarradura: «Estos dos manantiales que yo tengo / de leche tibia, son en la espesura / de mi carne, dos pulsos de caballo, / que hacen latir la rama de mi angustia», «soy / grieta en piel, libélula partida / uñas mordidas en la aurora / dolor en las ramas de mi cuerpo». El acto de amamantar, así como el de dar a luz al hijo, son dos imágenes que vuelven una y otra vez, insisten en el milagro de sostener lo vivo, porque en este poemario la vida lucha por abrirse camino: a topetazos, a empellones, con cierta violencia íntima.

La voz poética que en estas páginas se hace palpable tiene una forma coral, por lo que el lector se verá asaltado por intervenciones directas que funcionan como llamamiento profético y vínculo dichoso entre la escritura y la vida: «alguien tendrá que decir: "De mi cuerpo se come no cuando yo digo" / o "en mi alma se ha vertido una gavio-ta, sácala"». Estas expresiones directas se alzan como eco de denuncia y pronunciamiento político en boca de una mujer. Así, se enhebra el deseo de escapar de una norma no escogida, que es atadura e imperativo social, para tomar las riendas del propio destino, como en este poema

de gran belleza: «Con un llanto dentro vivimos las mujeres / que no distinguimos los esquejes / ni tenemos la medida de la sal. / "Nada" respondemos las mujeres /que no sentimos nada al tocar seda / o naranjas». Me atrevería a afirmar que en todos los poemas de *Goliat* hay una esencia común, algo que se parece a un hueco, o cavidad no formulada, o tren a punto de marcharse. La misma poeta utiliza la metáfora del tren –movimiento constante, sensación de tránsito, de ubicuidad y, en cierto modo, de falta– para hablar de la escritura, del estómago de su poética: «Escribir es como la parte de atrás de una estación. (...) De escribir parten los trenes».

Gema Palacios

Madrid, 21 de enero de 2017

*Desde que te conozco
amo los centros del río*

A ti, que me diste tierra para labrar.

¿Por qué has de embriagarte, hijo mío, con una
extraña, y abrazar el seno de una desconocida?

PROVERBIOS 5:19

Estoy aquí para que mi temor se cumpla.

OLGA OROZCO

siempre supe de la danza por el trigo

... DOS CIERVOS silenciosos crujen
una finísima capa de hielo y ella
va a parir entre un arbusto
la nieve es morada al amanecer
y ella va a parir un único cervatillo

a los pies del monte Saana
se celebra la vida
una cierva va a parir

y nosotros quizás estemos cerca
tú me arrimarás con tu frente a algún arbusto
a pequeños topetazos
apartarás algo de nieve
para llenar un pequeño agujero
con tu calor

el cielo es de mil colores al amanecer
el silencio alberga a los pájaros del parto
a los pies del monte Saana
yo no tendré fuerzas
pero tú me acercarás tu mejilla

en un agujero de nieve caliente
cerca de un arbusto
una cierva va a parir
en calma

quizás sea yo.

BAJO EL MANTO dulzón de la enfermedad
la parálisis, el no saber hacer,
amor mío,
—en mis delirios no entiendo
cuando llegan las fiebres
Diocles cabalga tras mil yeguas
preñadas por los vientos—
estas manos de mujer no entienden
qué hacer con lo que sucede en el mundo
—es tanto y tan hondo—,
amor mío.

Bajo la cándida blancura de la enfermedad,
lo siniestro, lo dulce,
el borde afilado de las cosas
se vuelve un suave hilo que tejer
con estas manos que no entienden
más que de barro y lana;

las yeguas enloquecen en sus cajas
sus ojos parecen comprender:

la vida no es un lugar.

CON UN LLANTO DENTRO vivimos las mujeres
a las que nos gritaron no sabes hacer un guiso.
«Nada» respondemos las mujeres
que no distinguimos el blanco del blanco
y dónde vas sin zarcillos, hermosura.
«Nada» respondemos las mujeres
que no sabemos tañer muertos en las campanas
ni amasar.

Con el nudo del presente vivimos las mujeres
a las que nos dijeron
estas lilas ya están demasiado blancas,
no sabes zurcir,
mira a tu madre.

Con un llanto dentro vivimos las mujeres
que no distinguimos los esquejes
ni tenemos la medida de la sal.
«Nada» respondemos las mujeres
que no sentimos nada al tocar seda
o naranjas.

DE LA BONDAD adúlterante de las hojas te he dicho ven
y no recuerdo a dónde.

La búsqueda al final se reduce a un breve hogar
que pueda construir para mí misma.

Yo soy el que dice a las profundidades del mar «sécate, y yo secaré tus ríos».

ISAÍAS 44:27

EL MAR ESTÁ DESNUDO y me ha curado.
Hoy gaviota envuelta en llamas
con el pecho todavía descubierto
mezclo
la tierra de mi boca con su tierra.

Inmenso párpado azul sobre mi cuerpo se cierra.
Todo es latido y nada más hermoso que un cuerpo
adornando
a otro cuerpo
de sal,
que una mano que se tiende:

«ven a ser aquí conmigo,
una alondra ha madrugado en el invierno».
Sécate, y yo secaré tus ríos.

CUANDO LAS MANOS CAEN lentas como otoños,
cuando la piel no es el refugio deseado,
si la vida es el preludio
de la vida:
cómo amar sin destruir aunque sea un poco.